



# Tres poemas

*Julieta Gamboa*

## RICTUS

Es difícil encontrar la resonancia de los rasgos propios en un muerto. El instante de la muerte borra el rostro. Ahí, cuando los músculos se distienden del todo y la mirada sigue en línea recta al techo, el rostro de cualquier muerto cercano se convierte en el de un desconocido. En las líneas de la figura de cera modelada, no está el paso de los años. Ningún momento aprehensible.

En la fotografía veo a mi padre cuando tenía treinta años. No conocí a aquel hombre joven, pero lo recuerdo en esa continuidad temporal llena de ausencias. Antes de las células comiéndose una a otra. Antes de las mutaciones. Antes del nido enfermo. Antes del rostro de cera de un desconocido, existe una imagen híbrida, inexacta, a veces diluida, inventada en mis días. Una presencia sacada del estatismo de una imagen en blanco y negro.

La memoria decide el rostro de los muertos. Como si la cara fuera sólo una envoltura, una cáscara seca con los días, el flujo del rostro deja ruinas.

## RETRATO

El nombre propio es el principio de la máscara.  
El sonido de una palabra extranjera para el cuerpo,  
salido de otras bocas,  
recorre los canales auditivos,  
se aloja hasta volverse íntimo.

Con el tiempo,  
mi nombre se llena de mis rasgos;  
se convierte en el punto de partida  
para medir el tono de mi voz,  
la forma de mi risa,  
el ángulo formado entre mis pies en cada paso.

Mi nombre es un murmullo que me oculta  
al mismo tiempo que me forma.

Otros exhalan esa única palabra.  
Debajo,  
ensayo la forma de mi rostro.  
A cada temblor le corresponde un gesto  
que labra los cimientos de la máscara.

¿Qué de mi cara aguanta las corrientes de aire,  
la intemperie?  
¿Qué líneas permanecen ciertas,  
alejadas del roce de otras manos?

Crece la densidad de las capas sobre el rostro.  
Las palabras sedimentan;  
la saliva seca forma una coraza en la boca.



Mi nombre se va vaciando de tanto repetirse.  
Un solo fragmento de mí  
le cabe dentro.

Aun en los espejos,  
se desdibuja la memoria primera del rostro.  
Queda una fotografía estática,  
resistente al paso de los años,  
repetida sin deformarse.  
En la fricción con otros nombres,  
mi rostro se torna emigrante de sí;  
romper la máscara,  
su sello persistente,  
es desfigurarme.

## MUDANZA

Todo espacio es relativo. Sus dimensiones cambian según la densidad del cuerpo, la perspectiva de los ojos.

Con la mirada fiel a las certezas y levedad en los pasos, estos pocos metros bastaron para proyectar nuestro perfil en los muros y presagiar un tiempo sin fracturas.

En estos pocos metros, lavados de historias previas, nos ensanchamos, ocupamos el volumen sin medirlo, reconociendo nuevas cicatrices en nuestras caras conocidas.

Pero los días y su paso achicaron el espacio. Faltaron centímetros para la piel y la boca. El arquitecto se olvidó de los vacíos necesarios, los silencios. El exceso de palabras saturó el aire de la estancia, hacinada de objetos y nosotras.

Seguíamos un único trayecto para esquivar los muebles. Aún así, no era posible evitar el choque. Quedaban marcas de los golpes en las piernas, la torpeza como el síntoma de que algo fallaba en el curso cotidiano. Acabamos tropezando una con la otra, de frente a la falsedad de los presagios.

El aire dejó de circular, se coagulaba en las esquinas. El pasillo era el túnel de una cueva que recorriamos, sobrellevando la estrechez. La impureza del oxígeno hizo crecer la duda en la respiración constreñida, y un tacto áspero y callado, mientras nos nacía una claustrofobia por lo íntimo.

Nos expulsó el cansancio de asomar por la ventana y no ver el cielo, sino una línea de ventanas siamesas, nuestro edificio reflejado en un espejo, y las ramas desiguales de eucaliptos que desecaban la tierra próxima.

También nos excluyeron las paredes, casi tocándose una a otra, sus aristas distorsionadas, sólo divididas por dos cuerpos que hospedaban un diálogo fallido.

Tuvimos que irnos con las capas de pintura, las madejas de polvo alojadas debajo de los muebles —sedimentos de la desidia—, y la espátula que borró las heridas de los clavos en el yeso. No quedó ningún signo de erosión, ninguna huella previa o un eco sostenido. Nada de las conversaciones extendidas en las noches, los embates de deseo, o el murmullo de lo que parecía hacerse finito. Nada del ruido de un vaso rompiéndose la madrugada en que nos desbordó la rabia.

Tuvimos que dejarlo, irnos extirpándonos del todo de cada superficie, invisibles para las nuevas sombras que llegaran.

Ahora vacío, igual que el día que llegamos, el espacio parece diminuto. Desde la puerta que nos enmarca se vuelve ajena una imagen de nosotras ocupándolo.

Salir fue borrarlos. Buscarnos en un vacío de techos más altos. ▀▀

